

CONFERENCIA EPISCOPAL DE COLOMBIA

LXXXIX ASAMBLEA PLENARIA

Bogotá, D.C., 5 al 9 de julio de 2010

LA SOCIEDAD QUE QUEREMOS EN EL ASPECTO RELIGIOSO”

1. EL DON, LA HEREDAD Y LA OBRA

No miramos en primer lugar el vacío del vaso sino el nivel de su contenido. En la explicación de cómo es posible que una sociedad como la colombiana se sostenga con buenos índices en muchos aspectos y con viabilidad y esperanza, no obstante todos los tremendos males y las grandes heridas abiertas que lleva, esta su sentido de Dios. También podríamos preguntarnos lo contrario: cómo una sociedad tan religiosa y tan mayoritariamente católica, alimenta esos males que no necesitamos enumerar aquí. Lo cierto es que la fe heredada y transmitida, la que ahora nos preocupa cómo transmitir en el cambio de época y cultura que emerge, no sólo inspira y guía los comportamientos de un alto porcentaje de connacionales, sino sus compromisos colectivos, por ejemplo en ética, política, legislación, familia, economía, consumo, cultura, si bien **la tendencia** es a que lo social y público esté cada vez menos determinado por un sistema de creencias religiosas. Desde la Ilustración hasta el panorama actual de “neoliberalismo religioso” y de plurales cosmovisiones, ideologías y culturas característico de nuestra época, se da generalmente por algo incuestionable que las opciones religiosas pertenecen al ámbito privado y que no tienen por qué hacerse patentes, y mucho menos imponerse, en la vida pública. Tendemos, desde el cuarteamiento de la unidad religiosa en la Reforma, el desgaste producido por las guerras de religión y la confianza ilimitada en el poder de la razón, a **la privatización de la religión**. Sin embargo, nuestra sociedad, desde sus orígenes precolombinos y con la cristianización colonial y la simbiosis de culturas amerindias, europeas y afro descendientes, tiene en el componente religioso y el sentido cristiano y católico de trascendencia su más honda raíz de identidad y su más interior fuerza de humanización y de unificación en la diversidad. No obstante la penetración del secularismo, con su tendencia al laicismo, diferentes a la secularidad y a la laicidad como valores, la vigente Constitución política de 1991 invoca en el Preámbulo “la protección de Dios”, integra en su visión y

contenidos valores propios de la visión cristiana del hombre y de la sociedad y garantiza **la libertad de conciencia (art.18), la libertad de cultos y la libertad igual de las Iglesias ante la ley (art.19)**. Pero más allá de lo público y de lo estatal, más allá de las instituciones, **la cultura de nuestra sociedad tiene en lo religioso católico, desde el Evangelio y la Doctrina Social de la Iglesia, esa capacidad de interiorizarse en los comportamientos, actitudes y creencias de los ciudadanos**. Por eso se me ocurre que el primer momento de esta reflexión es el de AGRADECER EL DON DE LA FE, **nuestra herencia religiosa** que hoy, por designio del Señor, se confía a nuestra administración en la Iglesia Católica, **la obra del Señor** mismo a través de la sacramentalidad de la Iglesia por la acción en ella del Espíritu Santo.

“El Concilio aprecia con el mayor respeto cuanto de verdadero, de bueno y de justo se encuentra en las variadísimas instituciones fundadas ya o que incesantemente se fundan en la humanidad. Declara, además, que la Iglesia quiere ayudar a fomentar tales instituciones en lo que de ella dependa y pueda conciliarse con su misión propia. **Nada desea tanto como desarrollarse libremente, en servicio de todos, bajo cualquier régimen político que reconozca los derechos fundamentales de la persona y de la familia y los imperativos del bien común**” (CONCILIO VATICANO II, Constitución sobre la Iglesia en el mundo, N° 43).

2. UNA SOCIEDAD Y UN PAÍS SIEMPRE ABIERTOS A LA VERDAD DE DIOS:

Esta GRATITUD como primer sentimiento se fundamenta en LA GRATUIDAD como horizonte religioso primigenio, no solo desde la evolución e historia en las que nos inscribimos, sino también desde la creación, la redención y la predestinación a la unidad en Cristo, en las que se nos revela **el rostro del Dios que Jesús nos reveló: DIOS ES AMOR**. En el “Hijo de Dios”, Jesucristo, la verdad de Dios es la de PADRE y la verdad del hombre es la de ser “hijos en el Hijo”, liberados de la condición de esclavos. Soñamos con una sociedad y un país en los que el sentido de Dios, la necesidad de trascendencia, de verdad y sentido, se satisfaga cada vez más a partir **del encuentro personal con Jesucristo**, generando hombres y mujeres que “nacen de nuevo” (Jn 3,7). Es el desafío de la evangelización como misión permanente. En la “Sollicitudo Rei Socialis” dice Juan Pablo II:

“La conciencia de la **paternidad** común de Dios, de la **hermandad** de todos los hombres en Cristo, “hijos en el Hijo”, de la presencia y acción del Espíritu Santo, conferirá a nuestra mirada sobre el mundo un nuevo criterio para interpretarlo. Por encima de los vínculos humanos y naturales, tan fuertes y profundos, se percibe a la luz de la fe un **nuevo modelo de unidad** del género

humano, en el cual debe inspirarse en última instancia la **solidaridad**. Este supremo modelo de unidad, reflejo de la vida íntima de Dios, Uno en Tres Personas, es lo que los cristianos expresamos con la palabra “**comuni3n**” (SRS, 40).

No solo debemos soñar sino que debemos comprometernos en un marco de ecumenismo, comprometiendo tambi3n juntos a la sociedad y al Estado, en la **preservaci3n del sentido del Dios vivo y 3nico en la cultura**, especialmente en la educaci3n, y en el cultivo social de los valores que se desprenden de la dimensi3n trascendente del hombre: **la vida humana, la verdad, el bien y la belleza**. Las primacías del espíritu sobre la materia, la vida sobre la muerte, el hombre sobre las cosas, el trabajo sobre el capital, la 3tica sobre la t3cnica, que ordenan al ser humano respecto de la acci3n y del comportamiento, requieren este compromiso ecum3nico, espiritual, cultural y político. Ser3 la forma de salirle al paso al **grave proceso de degradaci3n del sentido de Dios** a causa del relativismo imperante, de la religi3n sin Dios, de la identificaci3n de lo religioso con lo extraordinario y espectacular, del neoliberalismo religioso y el individualismo extremo como propuesta econ3mica y social. Esta degradaci3n del sentido de Dios en nuestra sociedad va pasando de separar la vida de la fe, a unir el mal y la religiosidad e, incluso, a convertir el mal en religi3n (¿satanismo?). Como lo seala el Catecismo de la Iglesia Cat3lica: “Toda instituci3n se inspira, al menos implícitamente, en una visi3n del hombre y de su destino, de la que saca sus referencias de juicio, su jerarquía de valores, su lnea de conducta. La mayoría de las sociedades han configurado sus instituciones conforme a una cierta preeminencia del hombre sobre las cosas” (No. 2244). Y, citando la Centesimus annus, aade:

“Las sociedades que ignoran esta inspiraci3n o la rechazan en nombre de su independencia respecto a Dios se ven obligadas a buscar en sí mismas o a tomar de una ideología sus referencias y finalidades; y, al no admitir un criterio objetivo del bien y del mal, ejercen sobre el hombre y su destino un poder totalitario, declarado o velado, como lo demuestra la historia” (Nos. 45.46).

3. QUE NUESTRA SOCIEDAD SE NUTRA DEL REINO DE DIOS:

Hablar del “País que soñamos o la sociedad que queremos en lo religioso” es ubicar esta realidad en el horizonte infinito del Reino de Dios, “reino eterno y universal, el reino de la verdad y de la vida, el reino de la santidad y la gracia, el reino de la justicia, el amor y la paz”, como reza el Prefacio de la solemnidad conclusiva del Año Litúrgico, la de Jesucristo Rey del Universo. En la encarnaci3n, vida, pasi3n, muerte y Resurrecci3n de Jesús, la soberanía de Dios se convirti3 en el horizonte de liberaci3n y de libertad para la entera

creación, liberada del poder de la muerte y de los ídolos de la cultura sometida a este poder. La **Victoria sobre la Muerte** inaugura este Reino de Dios dentro de nosotros. “No todos los que están dentro de la Iglesia son del Reino, ni todos los que son del Reino están dentro de la Iglesia”, decía el Padre Lombardi, cuando concluía con un retiro espiritual, a los padres conciliares el Vaticano II. Y en el Israel pre-cristiano se pasó de la asamblea tribal al estado monárquico y a la teocracia que, en una de las líneas de la tradición, chocaba con la realeza. ¿Cómo identificar entonces **el Reino de Dios** revelado en Jesús el Cristo? ¿Cuáles son **sus repercusiones sociales** y políticas dentro de la sociedad y el Estado de carácter laico que se imponen hoy? Superando las mentalidades teocráticas y las sociedades confesionales, los creyentes en Cristo deberíamos soñar y querer una sociedad, un país, en los que religión y estado estén claramente separados; lo que no significa que el estado democrático tenga que ser agnóstico o indiferente, sino que prescinda respetuosamente de tomar postura en materias religiosas y, sobre todo, que quienes representan al Estado prescinden de manipular la religión o sus Iglesias. Que el estado y la sociedad colombiana garanticen siempre en su ordenamiento jurídico e institucional la libertad religiosa; que lo religioso no sea manipulado ni por las Iglesias o confesiones como empresa para acceder al poder político, ni por el Estado o los partidos políticos para “legitimar” su discurso o actuaciones. Como Iglesia sabemos bien por la historia que **una perversión idolátrica de nuestra fe es mucho peor que una persecución**. Estamos ante la necesidad de clarificar entre laicidad como valor y laicismo como contravalor en las relaciones entre estado y religión. Igualmente entre el carácter laico de una sociedad y el proselitismo de ideas no creyentes o del ateísmo; entre el carácter público de la fe religiosa y la pretensión de una teocracia o una sociedad confesional. El anuncio inseparable de Jesús y del Reino de Dios, de la persona y su obra, ha de iluminar constantemente, con la luminosidad del “trono” de la cruz, estas relaciones entre sociedad, estado y religión. **“Venga a nosotros tu Reino” ha de ser el espíritu de oración e intercesión** que alimenta la relación entre las diversas confesiones y de ellas con la sociedad. Me parece desconcertante, en esa línea, este texto del Concilio:

“La Iglesia reconoce los muchos beneficios que ha recibido de la evolución histórica y del género humano... **Más aún, la Iglesia confiesa que le han sido de mucho provecho, y le pueden ser todavía de provecho la oposición y aun la persecución de sus contrarios...** La Iglesia necesita de modo muy peculiar la ayuda de quienes, por vivir en el mundo, **sean o no sean creyentes**, conocen a fondo las diversas instituciones y disciplinas y comprenden con claridad la razón última de todas ellas” (Constitución sobre la Iglesia en el mundo, n. 44).

4. APORTANDO COMO CREYENTES A LA REGENERACION SOCIAL DE COLOMBIA:

4.1 PURIFICAR NUESTROS SIGNOS RELIGIOSOS:

Como el nacer y el morir, la vida está comprendida en el misterio de Dios. Y el misterio se hizo participación de la vida misma de Dios, Presencia y Mesa del Pan de Dios, anticipación del futuro y memoria de la redención en la Eucaristía. Desde la eucaristía, la experiencia religiosa católica expresa la unidad indisoluble, radicalmente solidaria, de Dios con el hombre y de los hombres entre sí. La fe y la vida, lo íntimo y lo social, lo privado y lo público, lo local y lo universal, lo simbólico y lo significado, lo pasado y lo futuro, el dar la vida y el vivirla a plenitud, se entrecruzan en este “sacramento de la totalidad”. Como pastores católicos, quisiéramos **PURIFICAR EL SIGNO QUE SOMOS**, empezando por el núcleo de la Presencia del Resucitado y del Amor de Dios a la humanidad y a la creación entera: **la eucaristía**. Esta recuperación y purificación del signo nuclear y clave, se extiende a la dimensión religiosa social y política, como domingo o “día del Señor”, la Pascua o Semana Santa, las fiestas, el Día Nacional de Acción de Gracias, en fin, la liturgia como servicio público de la esperanza para el mundo, como diálogo público de la Iglesia con la sociedad. **También por extensión desde la eucaristía y lo religioso público está la purificación del ministerio sacerdotal, hoy bajo la caricatura del escándalo, pero siempre “en la persona de Jesús”, que no se lava las manos a lo fariseo, sino que lava los pies de sus discípulos al estilo de los esclavos, enseñándoles a dignificarse en la entrega por la dignidad de los otros.** El sacramento, la palabra, el ministerio, la espiritualidad que los articula, la comunidad que se conforma con ellos y la sociedad que se promueve con valores evangélicos, requieren este cuidado más desde dentro de la comunidad católica en todas sus instancias, carismas y servicios.

4.2 FORTALECER LA CARITAS Y LA CULTURA SAMARITANA:

El cristianismo genuino, el de **la adoración** del Dios único y vivo (la samaritana) y la entrega de sí por **el prójimo** (el samaritano), el del Magníficat de María y el **del pobre** como sacramento de Cristo (Mt 25,31ss), posee una poderosa fuerza interior para vencer el exclusivismo prepotente, la violencia y su reproducción. **La “religión del prójimo”** como bien podría identificarse a este cristianismo, renueva y adapta a las nuevas situaciones de mundialización, de absolutización del mercado y del consumismo depredador, el viejo concepto de CARITAS. La CARITAS es más fundamental y radical que la misma solidaridad, en la medida en que se convierte en espiritualidad social que eleva la caridad individual al plano social, institucional y político.

Bástennos estas reflexiones, deshilvanadas aún, como propuesta de pistas para la reflexión y el diálogo sobre la sociedad que deseamos en lo religioso. Desde la hondura del deseo, concluyo como orante pensando en la oración dominical, **el padrenuestro, que recoge el desiderátum religioso fundamental** en su doble dinamismo de Cielo y Tierra, de Dios y el hombre, de las Dos Tablas de la Ley, con todo lo deseamos y pedimos para nosotros, nuestra sociedad y el mundo. Que el Padre Dios sea invocado desde la filiación adoptiva y el Nosotros de la Trinidad y de los creyentes, que su Nombre sea santificado, que Venga su Reino, que su Voluntad sea realizada, que el pan, el perdón y la bondad liberadora del mal y del Maligno sean sus dones en todos los corazones. Amén.

+ Darío de Jesús Monsalve Mejía
Arzobispo Coadjutor Electo de Cali